

## El Domingo: Día del Señor

El domingo es uno de los valores primordiales de la comunidad cristiana. En él confluyen muchos aspectos centrales de la Iglesia: la presencia del Resucitado, la comunidad, la Palabra, la Eucaristía, la alegría y el descanso pascual...

Pero es un valor que corre también peligro desde diversas direcciones en el mundo de hoy. Por eso nos conviene remotivarlo y presentarlo –en la Teología, en la catequesis, en la pastoral litúrgica- en sus líneas fundamentales.

Para ello, nada mejor que seguir las líneas de la Carta apostólica *Dies Domini*, que el Papa Juan Pablo II escribió sobre el domingo. Es un documento que, a pesar de tener ya algunos años de vida, conserva toda su actualidad y es una fuente privilegiada para reflexionar sobre la espiritualidad y los valores del Día del Señor.

### Algunos datos previos

Para muchas personas de nuestro “mundo cristiano”, el domingo es simplemente un día sin clases..., un día en que no se trabaja..., iferiado para todos! Todo eso es verdad, pero... ¿por qué este día de la semana se ha convertido en día no-laboral, distinto del resto de los días de la semana?

Partamos de un texto de san Ignacio de Antioquia, que dirigiéndose en una carta a los cristianos de Magnesia les decía que “quienes han abrazado la nueva esperanza, ya no *sabatizan* (viven las observancias del Sabbat judío), sino que *viven según el domingo*, en el que nació nuestra vida resplandeciente por Él y por su muerte”.

En el domingo nosotros hacemos presente el primer día de la Creación, cuando la luz nace de las manos de Dios, y también el día en que Jesús resucitó de entre los muertos. Todo ello será profecía del retorno de Cristo, en el esplendor de su gloria, para comunicar su Pascua de vida a sus elegidos.

*Por todo esto*, el domingo hacemos fiesta. Es “el día del Señor” (*Dominica dies*), el día del que tiene señorío sobre la vida y la muerte, y es además “el señor de los días”: no hay día que supere al domingo.

Y hay algo importante a tener en cuenta... Muchas veces, sea en clases a catequistas o a catequizados, les pregunto: -¿Cuál es la primera fiesta que celebró la Iglesia? Y algunos me responde, con gran seguridad: -¡La Pascua! A lo que les respondo: -Si es así, desde el domingo en que Cristo resucitó hasta el año siguiente, no hubo celebraciones festivas en la Iglesia... Todos hacen silencio, sin darse cuenta de que lo que la Iglesia celebró fue “el domingo”, al que llamaban *Pascha hebdomadaria*, la Pascua semanal. Esto es el día domingo: la Pascua que se revive en una celebración festiva, cada ocho días. Nos lo recuerda el Vaticano II: “La Iglesia celebra el Misterio pascual cada ocho días, en el día que es llamado con razón *día del Señor*” (SC 106).

*Domingo* viene de *Dominus* o de *dominica*. Esta palabra es un adjetivo que terminó convirtiéndose en un sustantivo: *dies dominica* o *dies Domini*: día señorial o día del Señor...

Notamos un decaimiento en las celebraciones del domingo. En el mejor de los casos y siendo muy optimista, se dedicará una hora a asistir a misa, y no entro en juicio sobre cómo se "asiste", si se llega tarde o temprano, si hay pasividad o acción, si la "participación" se realiza desde los bancos más lejanos, habiendo sitio en bancos más cercanos, si se conversa o se vive la celebración de modo distraído..., si se vive esa hora como una "obligación a cumplir".

Una vez, el famoso liturgista francés, fr A.M. Roguet o.p., refiriéndose a otro tema (la liturgia de las Horas) decía: "Constato que los sacerdotes están más felices cuando cierran el Breviario que cuando lo abren...". Es como decir que se sienten más contentos porque terminaron que porque comenzaron a hacer algo bueno y bello.

En las próximas páginas, veremos qué nos decía Juan Pablo II en la Encíclica *Dies Domini* sobre este apasionante tema. Citaré los mismos subtítulos que el Documento usa. Este documento, que ya lleva varios años de vida, merecería volver a ser estudiado y divulgado. Lo considero uno de los más bellos y esclarecedores sobre el tema.

### I. *DIES DOMINI: Celebración de la obra del Creador*

Lo primero que el Papa Juan Pablo II pone de relieve es que "en la experiencia cristiana, el domingo es, ante todo, una fiesta pascual, iluminada totalmente por la gloria de Cristo resucitado" (n. 8). Repito lo que dije al comienzo de este tema: el domingo es *la pascua semanal*. Por lo tanto, en el primer día de la semana, la gran celebración, lo que en verdad festejamos, es la resurrección de Jesucristo. En tiempos pre-conciliares, muchas fiestas desplazaban al domingo. En mi opinión, todavía hoy se siente el peso de ese pasado. Sin caer en purismos, hay que acentuar que el Domingo es la fiesta primordial en la vida de la Iglesia. El recuerdo de la Creación, que nace el primer día con el advenimiento de la luz, es profecía de la nueva creación, cuando el Verbo-Luz de Dios, se hace carne e ilumina al mundo que estaba en tinieblas, comenzando lo que sería plenitud en la victoria pascual, cuando las tinieblas del sepulcro son expulsadas por la luz de la Vida victoriosa.

Debemos tener tiempo para devolver al Domingo esta dimensión, gozando de la primera Creación y de su bondad y belleza.

Dios bendijo al día séptimo (el *Sabbat* de nuestros padres) y lo santificó (Cf Gén 2,3; *Dies Domini*, 13). Para nosotros, los cristianos, el Domingo no será ya algo parecido al *Sabbat*, descanso de Dios después de haber trabajado para forjar las criaturas, sino el primer día, día de los días, día en que celebramos la Vida y su triunfo, día de la Luz que no tendrá ocaso, día del hombre nuevo.

### II. *DIES CHRISTI: El día del Señor resucitado y el don del Espíritu*

"Celebramos el domingo por la venerable resurrección de Jesucristo, no sólo en Pascua, sino cada semana". Con estas palabras, el Papa Inocencio I, escribía a comienzos del s. V, señalando la realidad del Domingo como pascua semanal. San Agustín lo llamará "sacramento de la Pascua" (Cf DD 19). Si bien nuestras homilías se inspirarán, por lo general, en los textos de la Palabra de Dios, habrá que insistir

en que celebramos la Pascua, el triunfo de Cristo sobre la Muerte y las muertes y, de algún modo, en la esperanza, también celebramos la Pascua de la Iglesia y la nuestra.

En la Encíclica que comentamos, hay un punto (n.26), que merece un comentario especial: el domingo *como día octavo*. Esta consideración puede parecernos extraña. No hemos oído predicar sobre el "día octavo" ni las catequesis tratan así al domingo. Según esta consideración, el domingo sería "el día más allá de todo día", el día que seguiría al tiempo actual, "día sin término que no conocerá ni tarde ni mañana; el siglo imperecedero que no podrá envejecer. El Domingo es el preanuncio incesante de la vida sin fin que reanima la esperanza de los cristianos y los alienta en su camino". Esta enseñanza de San Basilio es retomada por Juan Pablo II. En esta perspectiva de "día octavo", el domingo es figura de la eternidad, de la paz que no tendrá fin, del tiempo de Dios, que pareciera no concordar con el tiempo de los hombres.

El Padre Jean Danielou s.j., en su artículo *El Domingo como octavo día* (Cuadernos PHASE, n.24), nos dice que la designación del Domingo como octavo día "pertenece al campo de los símbolos", lo que no quiere decir que sea algo artificioso. Y añade este reconocido patrólogo: "El tema del octavo día como símbolo de la vida eterna, es el resultado de una especulación de la apocalíptica judeo-cristiana sobre el hecho litúrgico del domingo".

No hay ocho días en la semana, sino sólo siete... No existe "la eternidad", sino el tiempo... No existe el futuro, sino el pasado y el presente... Debemos dar un salto para lograr una comprensión de lo que todavía no es pero que, sin embargo, existe en la esperanza y tanto más fuerte es su existencia, en la medida de la fuerza de nuestra esperanza.

Si el Domingo es Pascua y la Pascua es la victoria de la luz sobre las tinieblas; si el "octavo día" escapa a nuestros días de lágrimas como promesa de alegría eterna, debemos unir este tema al del n. 27: *El día de Cristo-luz*. Así como la Iglesia festejó la Navidad como "el día del sol jamás vencido" que, evidentemente, es Cristo, la Iglesia cristianizó el contenido del "día del sol", nombre que muchas lenguas dan al Domingo: *Sunday, Sonntag...*

### III. *Dies Ecclesiae: La asamblea eucarística, centro del domingo*

"Domingo" y "asamblea congregada" para celebrar la Eucaristía, van de la mano. La presencia viva de Cristo-Resucitado, debe hacerse visible en la Iglesia. La Resurrección, si bien es un hecho del pasado, es *también* un hecho del presente en medio de la Iglesia. Nos reunimos, *comunitariamente*, para celebrar la vida de Aquel que prometió estar siempre entre nosotros, hasta el fin de los tiempos.

Sabemos que la Eucaristía es el sacramento "de la comunión" (la llamamos, ordinariamente, por su efecto: plasmar la comunión con Dios y entre los hermanos). Además, es un hecho que viene de los tiempos apostólicos, que los primeros bautizados "acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a las reuniones de comunión fraterna, a la fracción del pan y a las oraciones" (Hch 2,42) (Cf *Dies Domini*, 31).

La Iglesia tiene una relación viva con la Eucaristía. Ésta es el mejor lenguaje para definir al Pueblo de Dios, Pueblo que se congrega en el día de la Resurrección, para "partir el pan" en comunión fraterna. Las celebraciones en cualquier día de la semana, tienen gran valor, pero las del Domingo agregan un dato que es de suma importancia para descubrir este sagrado Misterio. Por algo se unió la realidad de este sacramento a un día singular: no hay otro signo que exprese con mayor plenitud y claridad la salvación lograda por Jesucristo. La Eucaristía es "el Misterio pascual", por excelencia.

¿Qué hacemos cuando Cristo nos convoca como Iglesia en el Domingo para partir juntos el pan? No otra cosa sino revivir una experiencia; re-cordar (traer al corazón...) un acontecimiento; celebrar la misma experiencia de fe que tuvieron los Apóstoles y los primeros discípulos. En el día del Señor, congregados como Iglesia, comensales a una misma mesa, recibimos el sacramento de la comunión filial y fraterna, la profecía del Reino que no tendrá fin, la paz de Cristo que, por el perdón de los pecados, nos reconcilia con Dios y con los hermanos.

En la Eucaristía dominical, nos abrimos a la Iglesia universal, pues esta celebración es "una epifanía de la Iglesia". Nunca la Iglesia es más ella misma, que cuando se congrega en el Domingo para la mesa santa. Y todo

esto, para que descubramos que la Iglesia es "comunión" y que nada mejor que la Eucaristía construye esa común-uniión.

"El *dies Domini* se manifiesta así también como *dies Ecclesiae*". Y ante el hecho de que el día del Señor sea también día de la Iglesia, nos obliga a todos a que, en verdad, lo sea. ¿Puede la Iglesia celebrar su día en un templo vacío, con pocos fieles, casi sin participación o con una participación cansina, apática, pasiva? ¿No será verdad lo que muchos dicen -de modo especial los jóvenes-, cuando no quieren ir a la iglesia? ¡La misa es algo muy "aburrido"! Es verdad que habrá que formar las inteligencias y ver qué significa "divertido" y "aburrido", pero... queda en pie un tema: ¡la fiesta debe ser festiva! El trabajo pastoral (especialmente en los templos parroquiales...) debe tender a que podamos ver a la Iglesia reunida el Domingo, como un pueblo peregrino que camina gozoso al encuentro de Aquel que viene a nuestro encuentro (Cf DD 35).

El Pan de vida nos sostiene en nuestro caminar de peregrinos. Por eso es un día de esperanza, mientras peregrinamos para celebrar las bodas del Cordero. La Eucaristía dominical nos sostiene en la dura y trabajosa marcha, así como Jesús multiplicó los panes, ante el riesgo de que quienes lo habían seguido, pudieran desfallecer en el camino. Comieron y sobró... Así es la sobreabundancia del don del Señor (Cf DD 37-38).

#### Una celebración: dos mesas

Cada vez que hablamos de la celebración eucarística, no podemos dejar de referirnos a la "mesa de la Palabra" y a la "mesa del Cuerpo de Cristo". Este bello Documento también lo hace (nn 39-41: mesa de la Palabra; nn 42-43: mesa del Cuerpo de Cristo).

El día del Señor es el ámbito más adecuado para alimentarnos, tanto con la Palabra como con el Pan y el Cáliz. Esa "doble mesa" alimenta nuestra fe, sostiene nuestra esperanza y robustece la caridad. De aquí también la tarea pastoral de constatar, ante la abundancia de "oferta" en la mesa de la Palabra, en qué punto

de valoración nos encontramos todos: pastores y fieles. Dios "no tira" su Palabra, sino que la coloca en surco fértil. Pero...¿estará fértil el surco? Y aquí viene el tema de "catequesis y liturgia", sus mutuas relaciones y la necesidad que una tiene de la otra.

Llega un momento de la celebración, en el cual -después de habernos alimentado con la Palabra- nos disponemos a consumir el fruto eucarístico. Es un banquete fraterno: la mesa de la familia de los hijos de Dios, "en la cual Cristo mismo se hace alimento" (DD 44). Es evidente que no se trata de cualquier mesa, sino de un revivir la última Cena del Señor, en la cual

queda bajo las formas de pan y de vino. Todo dice relación con la Pascua del Señor, a la luz de la comida-despedida, junto a sus discípulos. "Tomen y coman... Tomen y beban...". Ahora, como en ese entonces, obedecemos tal mandato, y "la participación en la cena del Señor es siempre comunión con Cristo que se ofrece en sacrificio al Padre por nosotros" (Idem).

La asamblea congregada por Cristo se nutrió con la Palabra de Dios. Ahora se alimentará con la Palabra viva de Dios, con Cristo Jesús, pan vivo bajado del cielo. Pero... ¡siempre habrá algún "pero"! No podemos caer en la contradicción de entrar en comunión con Cristo y estar distanciado del hermano. Más aún: es imposible estar en comunión con Cristo, si no estoy en comunión con el hermano. Por eso, el Papa Juan Pablo II nos decía que "la asamblea eucarística dominical es un acontecimiento de fraternidad que la celebración ha de poner bien de relieve (...) El intercambio del signo de la paz, puesto significativamente antes de la comunión eucarística, en el Rito romano, es un gesto particularmente expresivo, al que los fieles son invitados a realizar como manifestación del consentimiento dado a todo lo que se hecho en la celebración y *del compromiso de amor mutuo que se asume al participar del único pan...*" (ibid). (Puse en bastardilla lo que quiero destacar del texto).

Es extraño que algunos fieles se quejen "del precepto" como de una onerosa carga que se impone sobre sus espaldas: una especie rara de "penitencia" insufrible. Sí... Hay un precepto.. Pero lo es para los tibios, porque el enamorado no necesita que le preceptúen honrar al padre y a la madre. Lo haría, precepto o no precepto. La ley es necesaria debido a nuestra debilidad. Pero tendríamos que esperar el domingo no para cumplir con algo "porque está mandado", sino con la alegría de quienes se encuentran con un gran amigo, realidad placentera que enriquece a quienes la experimentan.

Se nos despedirá de la misa, diciendo: *-Hemos celebrado la misa... ¡vayamos en paz!* En un templo nuestras frágiles fuerzas se robustecieron. Ahora nos espera la calle, la vida diaria con sus tentaciones y agresiones. Dentro de la iglesia nos sentíamos cómodos y seguros. Ahora, salimos de la misa y vamos a la misión: "Como los primeros testigos de la resurrección, los cristianos convocados cada domingo para vivir y confesar la presencia del Resucitado, están llamados a ser *evangelizadores y testigos* en su vida cotidiana" (DD 45).

Volvemos a lo cotidiano con un compromiso: ser eucaristías vivas, todo un lenguaje de acción de gracias y sacrificio. Reconocer lo que Jesús dijo de sí mismo en el contexto de la última Cena: *-No he venido a ser servido, sino a servir y dar la vida por la multitud.* Somos deudores de Dios y de los

hermanos. Reconocimos a Jesús "al partir el pan"... ¡al compartir el pan! Ahora, en el hogar, la oficina y la calle, tendremos que abrir bien los ojos, no sea que el Señor esté a nuestro lado y no lo reconozcamos.

La experiencia de la Eucaristía en el día del Señor, nos ayudará a ver, como el ciego que no quería otra cosa sino ver. Sabemos que Jesús le concedió lo que ansiaba con tanto ardor.

#### IV. *Dies hominis: El domingo es día de alegría, descanso y solidaridad*

\* día de alegría...

No siempre el domingo fue "día de descanso". Pero lo que sí sabemos es que siempre fue "día de alegría". Al respecto nos dice san Agustín que "se dejan de lado los ayunos y se ora estando de pie, como signo de la resurrección. Por esto, además, en todos los domingos se canta el aleluya" (Cf DD 55).

Esta alegría proviene de la síntesis de la vida de Cristo: su resurrección de entre los muertos. Así como hubo tristeza, llanto y luto el día de su pasión y muerte, así hay ahora gozo ante el triunfo de la Vida.

Si nosotros no le sacamos jugo al Domingo en esta veta tan importante, ese día habrá desaparecido de nuestra experiencia cristiana. Y no olvidemos que cada semana tiene un domingo... No podemos desperdiciarlo buscando cosas que nos entretengan, cuando este día santo nos ofrece tantas y tan ricas virtualidades.

Por supuesto que la alegría no es privativa de un día, sino que debe desenvolverse en toda la semana. "pero el domingo, por su significado como *día del Señor resucitado*, en el cual se celebra la obra divina de la Creación y de la 'nueva creación', es día de alegría por un título especial; más aún, un día propicio para educarse en la alegría, descubriendo sus rasgos auténticos" (DD 57).

Debemos "educarnos en la alegría", posibilitando así que el Espíritu forje nuestras inteligencias y corazones según el corazón de Cristo. Y esa alegría va más allá y cala más hondo que los mayores y mejores gozos humanos, superando las tristezas que toda vida tiene. La alegría no debe confundirse con el bienestar de una sensibilidad satisfecha o con esos afectos "que nos hacen

bien", pero que -una vez vividos- nos dejan insatisfechos. No intento decir que haya una necesaria oposición entre la alegría cristiana y las alegrías humanas verdaderas, dado que "la alegría cristiana es, a la vez, divina y humana" (Pablo VI, *Gaudete in Domino*). Esta alegría humana y cristiana es la que debemos manifestar, celebrando festivamente el domingo. La Eucaristía será el *clímax* que coronará a este día. Deberíamos extremar nuestro ingenio pastoral para que así sea... (Cf DD 58)

- día de descanso

Recién a partir del siglo IV se estableció el descanso dominical, disponiendo que "el día del sol" no se trabajara. Esto quitó trabas a la celebración de la Eucaristía y a la congregación de la asamblea en oración. "Santificar el domingo" significa "hacer cosas santas en este día". Es "cosa santa" poder dedicarlo al Señor, en la culminación

de la obra de su vida: en el Misterio pascual de muerte y vida, tal como la Eucaristía hace memorial del mismo.

Además de esta dimensión religiosa del descanso, está la conveniencia de reponer las fuerzas, con la alternancia entre trabajo y reposo. Necesitamos descansar, para no convertirnos en máquinas, deshumanizando lo que somos y lo que hacemos. No sólo por motivos de fe, sino también por motivos humanos, "el descanso es una cosa *sagrada*" que nos libra de toda servidumbre, también la del exceso de trabajo y las angustias que conlleva.

Además, solemos olvidar la dimensión del hombre que cultiva sus dones. El domingo puede tener momentos privilegiados para leer, escuchar música, contemplar la naturaleza, pensar sobre las cosas que importan, dialogar con la familia y los amigos. ¡Y esto también es descanso reparador! (Cf DD 64-68).

\* día de la solidaridad

Es una faceta casi totalmente dejada de lado. Son excepción extrema las familias que, los domingos, visitan enfermos o asilos de ancianos o de niños, llevándoles compañía y alegría. Tengo en mi memoria a entrañables amigos (¡excepcionales, sin lugar a dudas...!), que los domingos hacen este tipo de apostolado, ya sea visitando a niños y ancianos que no tienen familia, o trayéndolos a sus casas para que compartan este día feliz. ¡Qué pena que "lo normal" se haya transformado en "excepcional", sólo para algunos extraterrestres que no duermen hasta el mediodía...! El domingo es el gran día para *compartir* (partir-junto-con) nuestros bienes espirituales y materiales: "¿Deseas honrar el cuerpo de Cristo? No lo desprecies, pues, cuando lo encuentras desnudo en los pobres, ni lo honres aquí, en el templo, con lienzos de

seda, si al salir lo abandonas en su frío y desnudez. Porque el mismo que dijo: *-Esto es mi cuerpo*, y con su palabra llevó a realidad lo que decía, afirmó también: *-Tuve hambre y me diste de comer*, y más adelante: *-Siempre que dejaron de hacerlo a uno de estos mis pequeños, a mí en persona lo dejaron de hacer*" (San Juan Crisóstomo).

Estas conductas del quehacer cristiano, irían cerrando la brecha que se da entre "liturgia" y "vida". Además, surge de la celebración eucarística, el compartir con otros lo que gratis hemos recibido. Si el domingo "es día de alegría, es preciso que el cristiano manifieste con sus actitudes, que no se puede ser feliz solo" (n. 72).

Si el domingo es un día que profetiza el Reino de Dios, también nosotros debemos, en sus horas, anunciar y anticipar el Reino, cielo que es para todos.

V. *Dies dierum: El domingo, fiesta primordial y reveladora del sentido del tiempo.*

"En Jesucristo, Verbo encarnado, el tiempo llega a ser una dimensión de Dios, que en sí mismo es eterno" (n. 74). La humanidad sacramental de Cristo se constituye en *el centro del tiempo*. Cuando se habla de Cristo-Resucitado como "Principio y fin, Alfa y Omega", estamos hablando de que en el Señor se recapitula todo: pasado, presente y futuro. El domingo, como "la Pascua semanal, en la que se recuerda y hace presente el día en el cual Cristo resucitó de entre los muertos, es también el día que revela el sentido del tiempo" (n. 75). Y esto es así porque Jesucristo, hombre nuevo que hace nuevas todas las cosas, hace también nuevo al tiempo. No será ya más "el tiempo del reloj" (*Khrónos*), sino "el tiempo de la gracia" (*Kayrós*). Alrededor de este

tiempo se desarrolla el Domingo, hasta la segunda y definitiva venida del Señor, cuando al fin de los tiempos, detenga el reloj de la Historia.

Si la Pascua es el eje alrededor del cual gira el año litúrgico, el Domingo es el quicio en el que se inserta la semana. Y así como la Pascua congrega a los creyentes, desde la misa del Jueves por la noche hasta las segundas vísperas del Domingo de Resurrección, así el Domingo debería congregar a los fieles en este momento pascual de la semana. Es, al mismo tiempo, memorial del triunfo de Cristo sobre la Muerte, y profecía de la Vida eterna, cuando el Cristo glorioso recapitule la historia en él. "La santificación del Domingo es un testimonio que (los cristianos) están llamados a ofrecer, para que los tiempos del hombre estén siempre sostenidos por la esperanza" (idem).

"El Domingo es una invitación a mirar hacia delante. Es el día en que la comunidad cristiana clama a Cristo su *Maranatha*, "¡Ven, Señor!", acompañando la esperanza de los hombres que caminan hacia el Señor que ya viene.

### Epílogo: ¡No podemos vivir sin el Domingo!

El Domingo, día del Señor y señor de los días (Cf *Dies Domini*, 2), evocamos el primer día de la Creación, con el advenimiento de la luz, y el de la re-creación, en el que Cristo-Luz nos inunda con su claridad, dando comienzo a la nueva era en la que Dios nos redime desde una humanidad semejante a la nuestra.

Desde los primeros tiempos de la vida de la Iglesia, los cristianos han celebrado el domingo como día de la resurrección de Cristo y como día de la Eucaristía, lanzados hacia "el octavo día", hacia la eternidad inaugurada por Dios, a partir de la resurrección de su Hijo.

El domingo es "el día de los días" y "la fiesta de las fiestas", *la fiesta primordial* que da sentido a toda otra celebración dándole su significado más profundo.

Y el significado más hondo del Domingo es ser "sacramento de la Pascua", en el sentir de san Agustín. En este día celebramos "la Pascua semanal", la muerte y resurrección de Jesús que, semana tras semana, se hace presente como sacramento de muerte y vida, para que quienes la celebramos, gocemos del fruto que Dios nos ofrece: *la vida eterna* que la Eucaristía traduce con suma claridad, siendo Pan partido para vida del mundo.

### ¿Por qué debemos ir a misa el domingo?

En un antiguo documento de la Iglesia siria, del s.III, se nos da la mejor respuesta -a mi entender- a esa pregunta:

"-Porque si no vas, le robas un miembro  
al Cuerpo de Cristo".

El primer signo de la presencia de Cristo en la celebración eucarística, es "en la asamblea congregada", pues donde dos o tres están reunidos en su Nombre, allí Cristo



está realmente presente en medio de ellos (Cf Mt 18,20; Cf *Eucharisticum Mysterium*, 9).

Significar a la Iglesia es el primer cometido del que celebra la Eucaristía dominical, porque es la Iglesia, presidida por Cristo-Cabeza, la que celebra este Misterio de su vida y de su misión.

No participar en la celebración dominical, pudiendo hacerlo, es robarle un miembro al Cuerpo de Cristo.

Pareciera no alarmarnos demasiado saber que en nuestras misas participa menos del 10% de los bautizados, mientras que nos horrorizaríamos estar frente a un cuerpo al que le faltara el 90% de sus miembros: inos espantaríamos ante tal horrorosa deformidad que haría allí irreconocible a un hombre!

Valorar a cada bautizado como un signo de que el Cuerpo de Cristo es algo vivo, y que Jesús vive en cada uno de nosotros, sus hermanos, hará que la tan mentada "participación" sea algo vivo y significativo.

No debemos ponernos contentos tanto por ver "cuánta gente había en la misa", sino porque Cristo se mostró en la totalidad de sus miembros: niños y adultos, sabios e ignorantes, "lindos y feos", santos y pecadores..., porque ellos son su Cuerpo.

Evidentemente, el último argumento de "por qué debo ir a misa" tendría que ser: "-Porque está mandado...". Si esto es verdad, debemos preguntarnos: "-¿Por qué está mandado?". Y la respuesta no puede ser otra sino la realidad de Aquel a quien celebramos, realidad que merece y reclama ser festejada, como quien hace memorial de un acontecimiento que no puede ser dejado de lado.

¡No hay mayor expresión de nuestra vida cristiana que la Eucaristía del Domingo!

Nosotros no podemos vivir sin la cena del Señor. Esta es la respuesta que muchos mártires dieron a sus acusadores. No podemos vivir sin celebrar la Pascua de Cristo en su "día", en el día señorial...

No podemos vivir sin sabernos parte de una congregación de hijos y de hermanos invitados a un mismo banquete en el que Cristo se nos ofrece como profecía de vida eterna en el Banquete del Reino.

No podemos vivir sin participar en la mesa de la Palabra, alimentando nuestra fe, y sin sentarnos a la mesa del Pan de Vida y del Cáliz de salvación, alimentando cada momento de nuestra vida. Este sentir está en las inteligencias, los corazones y los labios de un cristiano.

No podemos vivir hoy ni tener vida eterna, si no comemos la carne de Cristo. No podemos vivir hoy ni tener vida eterna si no bebemos su sangre.

La celebración dominical nos mostrará al Señor encabezando su asamblea santa. Nos mostrará a Jesús, presente en su Palabra, de modo que cuando se la proclame, será Cristo quien la proclama y quien se proclame en ella. Nos mostrará a Jesús presidiendo a una asamblea eclesial que ora, canta, alaba, da gracias y pide. Nos hará manifiesto al Señor en el pan y el vino "eucaristizados", convertidos en Víctima agradable al Padre.

El Espíritu de Dios, el mismo que convirtió el pan y el vino en el Cuerpo y la Sangre de su Hijo, congregará en la unidad a quienes participen de la comunión eucarística (Cf *Epiclesis de comunión* de las Plegarias eucarísticas), formando un solo cuerpo y un solo espíritu, en Cristo (Cf *Idem*).

No podemos vivir sin sabernos llamados y sin reconocernos enviados, para hacer de cada instante de nuestra vida, una "acción de gracias" en la que Cristo, nuestra Pascua, es significado como Señor de vivos y muertos, para la vida del mundo.

Cuando san Agustín decía a sus catecúmenos, refiriéndose a la Eucaristía que iban a recibir: "-Tú te conviertes en Aquel a quien recibes", nos mostraba la verdadera transformación del comulgante. Confirmando su bautismo, la común-uniión con el Señor, en el signo de su Cuerpo y de su Sangre, nos hace uno con quien nos relacionamos. Y lo hace con una sutura profunda, que no logra una yuxtaposición entre dos o más partes, sino la unidad de los que son ahora una misma cosa, por obra del Espíritu de unidad.

Habitualmente, llamamos a la Eucaristía por su efecto: "-Padre, déme la comunión.." "Nuestro hijito hará su primera comunión el próximo domingo...".

En realidad, pedimos el Cuerpo y la Sangre de Cristo, y esa recepción nos hará entrar en comunión -por la humanidad de Cristo- con el Padre y, por idéntica mediación, con todos los hermanos en Cristo.

Por eso, cada celebración del Día del Señor, nos hace retornar al "día de la luz" y a la última Cena del Señor, lanzándonos, en la profecía y la esperanza, a la Epifanía definitiva en la que el definitivo Advenimiento de Jesús, abra para siempre los ojos de sus elegidos.

En ese "octavo día"... idía más allá de todo día!, Dios contemplará su obra y podrá decir: "-¡Y vio que todo era muy bueno...!".